



REVISTA SEMANAL.

Se publican 48 números al año.
Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte, siendo precisa condicion hacer la suscripción por anualidades.

AÑO 3.º—NÚMERO 16.

DIRECTORA,
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

30 de Abril de 1877.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 15.

SUMARIO.

Nuestra grandeza, por don Francisco Díaz Carmona.—**A la fé**, poesía, por don Manuel Asuncion Berzosa.—**Calvario y redencion**, novela, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—**La caridad**, poesía, por don Ernesto García Ladevese.—**La Virgen de las ruinas**, novela, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—**Variedades**.

NUESTRA GRANDEZA.

Oyendo á los admiradores de la civilizacion moderna cantar en variedad de tonos las múltiples excelencias de este siglo prodigioso, sintiese el corazon embriagado por el orgullo, y como saturado de cierta legítima felicidad.

¡Oh! ¿Quién no palpita de entusiasmo en presencia de tantas maravillas como nos ofrece á cada paso el génio moderno, emancipado de su antigua servidumbre, y volando altanero por los espacios de la inteligencia, cual águila caudal que extiende sus alas en las alturas serenas de los cielos?

¡Qué hermoso espectáculo! Ya es un monte, que abre largo camino dentro de su seno, para

dejar paso á un mónstruo que silba, ruge, se agita convulsivamente y vuela como si le faltara tierra debajo de los piés, y aire que respirar; ya es un cable arrojado entre las olas, como un brazo inmenso que tiende su mano á un continente para llevarle los movimientos, las palpitaciones, la vida de otro continente; ya es un mar que se precipita sobre otro mar, obedeciendo sumiso á la voz de un simple hombre, que toca con dedo inspirado la barrera que los contiene; ya es.... pero ¿cómo narrar tanta grandeza? Las prensas sudan dia y noche, arrojando á los cuatro vientos los torrentes de la sabiduria humana; la tierra, convertida en una inmensa red de caminos que se cruzan, se encuentran, se confunden, se separan, contempla atónita á la humanidad entera, yendo, viniendo, agitándose, moviéndose sin descansar jamás, como si buscara algo que se le hubiera perdido enmedio del torbellino de la vida; como si sobre su frente hubiera caido el anatema que pesa sobre el mísero Anhasvero, condenado ¡ay! á ver siempre lejos, muy lejos, la patria suspirada y el término de su errante viaje; la electricidad, rápida como el deseo, dice en Pekin lo que se piensa en Lóndres, al mismo tiempo que se piensa, y lleva á San Peters-

burgo el suspiro, no bien ha salido del seno de un imperio moribundo; la industria agita millones de brazos, para mover millares de máquinas, que alzan su voz gigantesca y arrojan nubes de negro humo en los mismos lugares, es verdad, donde en otros tiempos resonaban las armonías del órgano sagrado, y se elevaba en blancas espirales el incienso; las ciudades se cubren de palacios, donde las artes agotan todas sus riquezas; se sujetan á la ley suprema de la simetría, como un tablero de ajedrez, y se alinean y regularizan, como un batallón que se forma para un día de revista. Allí hay teatros para matar el hastío, casinos y cafés para matar el tiempo, ateneos para matar la ignorancia, saraos soberbios para matar la monotonía de la vida, asociaciones filantrópicas para matar la pobreza: ¿qué mas se quiere? ¿no es este el ideal de la humanidad?

Es verdad que en medio de este magnífico espectáculo, suena á veces con sordo rumor la piqueta demoledora, y van cayendo á sus golpes, uno tras otro, hoy un templo, mañana un monumento del arte, luego algun envejecido muro, testigo de pasadas grandezas, como si tanta magnificencia no pudiera sostenerse, sino á costa de la fé que simboliza el templo, de la grandeza moral que refleja el arte, de la historia y tradicion gloriosa de un pueblo, que recuerda el muro.

Es verdad que en medio de los ditirambos de los panegiristas del siglo, escúchase á veces algo parecido á las oleadas inquietas y amenazadoras del Océano, y suenan sordos rumores, presagio de no sé qué catástrofes futuras. Pero ¿qué importa? ¿á qué acordarse del día de mañana y amargar nuestra presente felicidad, con temores supersticiosos, cuando todo nos sonríe y cuando Asmaltea abre para nosotros los tesoros de la abundancia, y derrama sobre nuestra frente las flores y los frutos de la civilización mas adelantada?

¿Qué nos falta, pues, para ser felices?

¡Ah! nada. Si consultamos el termómetro que señala los grados á que se ha elevado la grandeza moral de la humanidad, veremos, sí, que indica cierto frío que ha penetrado en las inteligencias, y se llama la incredulidad; cierto hielo que ha cubierto los corazones y se llama el egoísmo; cierta enfermedad que ha invadido nuestros apetitos, y se llama la sed de placeres; pero en cambio, ¡cuánta perfección en las artes! ¡qué delicadeza en las obras de la industria! ¡qué magnificencia y fecundidad en los frutos de la ciencia!

No nos detengamos, pues, en estas pequeñe-

ces, impropias de espíritus fuertes, y de nuestra grande y portentosa civilización.

Precisamente la sociedad, porque es increíble la se cree grande, porque tiene helado el corazón se cree fuerte, porque ha fijado su paraíso en la tierra santifica y legitima las pasiones del hombre, no poniendo al placer otro límite que el placer mismo.

Estos son sus grandes títulos de gloria, y bajo tal concepto, preciso es confesarlo, los siglos antepasados tienen que concederle la supremacía.

Y en verdad, esas épocas de barbarie que no se dejaban guiar por una idea positiva, práctica, contante ni sonante; que así enviaban á innumerables muchedumbres á conquistar un sepulcro, como si se tratara de adquirir el oro y el dominio del universo; que no entendían una palabra de artefactos, ni de maquinaria, ni de cosas útiles; que se dejaban guiar por un ermitaño, encerrar en los claustros, y gobernar por un Pontífice; esas épocas, digo, que solo sabían levantar catedrales y universidades, convertir inmensos yermos en verjeles, valiéndose para ello de la mano descarnada del monje, ó guardar al lado del santuario y en el fondo del claustro los restos de la venerable antigüedad, como un símbolo de que la ciencia solo prospera acompañada de la fé; esas épocas, en fin, que fundaban monarquías sin pertrecharlas de una Constitución, ni basarlas en otro código que el Evangelio, y que, llenas de ignorancia, supieron producir la Suma Teológica ó la Divina Comedia; ¿qué comparación tienen con esta generación de titanes, que lanza ejércitos sobre ejércitos con el alto fin de corregir perpétuamente el mapa en beneficio del vencedor, el cual siempre tiene derecho, puesto que vence, ó los retira oportunamente para proteger la unidad de un pueblo, y con ella la causa del poderoso opresor contra el mísero oprimido? ¿Qué comparación admiten esos centros de la superstición ó de la ciencia antigua, con los grandes centros industriales, que nosotros hemos levantado merced al auxilio del vapor, de la electricidad y de las máquinas, como una gigantesca torre de Babel, en cuya altura se levantan la diosa Industria y el provido dios Trabajo, prometiendo la felicidad á los mortales?

Ni ¿cómo ha de asombrarnos la ciencia retrograda de monjes oscuros, á nosotros que contamos con un ejército de académicos y literatos, capaces de disputar desde el cedro hasta el hisopo, y que ven nacer la yerba en los dominios científicos, proporcionando así, con sus admirables descubrimientos *posto* intelectual al hom-

bre, «hijo del animal y nieto de la nada ó de la casualidad,» según recientes descubrimientos?

Retroceded, pues, ¡oh tiempos de barbarie! ante este siglo maravilloso, que ha sabido levantar un monumento imperecedero al poder, á la ciencia, á la fecundidad infinita del hombre! ante este siglo para el cual ya no hay secretos en la naturaleza, desde el modo como la célula se transforma y convierte en la inteligencia gigante que escribió la Odisea, hasta el arte profundísimo de conservar, por medio de un elixir portentoso, la *belleza eterna*!

Ah! los espíritus meticulosos, los corazones fríos que no palpitan en presencia de un túnel abierto en las entrañas de la roca, ó que no se conmueven ante un alambre eléctrico, ó una vastísima fábrica de tejidos, esos corazones que no quieren reconocer la soberanía indisputable de la economía política, entre las demás ciencias, se aferran en la extraña locura de creer que esta civilización se parece en algo á aquellas pirámides soberbias, llenas de maravillas artísticas por fuera y ocultando por dentro cadáveres corrompidos.

¡Locura ciertamente singular! ¡Espíritus mezquinos que rehusan seguir el movimiento del siglo y entrar en las vías amplias del progreso! ¡Corazones retrógrados que vuelven atrás los ojos como la mujer de Loth para quedar convertidas en estatuas de sal, suspirando por un pasado que no volverá, por una fé que es incompatible con la razón, y por unas grandezas que son letra muerta para esta generación que solo entiende de máquinas, de exposiciones, de bancos y de letras de cambio!

Pero hablemos seriamente. ¿Qué falta nos hace la fé, á nosotros que hemos convenido ya en que el Paraíso está aquí abajo, al alcance de nuestra mano, y hemos suprimido el cielo transformándolo en un Olimpo risueño, habitado por divinidades ceñidas de perpétuas rosas y libando en espléndidos festines la copa inagotable de los placeres?

¡Para qué necesitamos se restaure el orden moral, nosotros que tenemos garantido el orden material con innumerables bayonetas, y con una legión formidable de agentes de policía?

La fé! el orden moral! Palabras desusadas que no tienen ya correspondencia en ningún idioma moderno.

Convengamos en que la sociedad no necesita estas cosas para ser grande y feliz. Convengamos en que ella tiene bastante con sus gigantes industrias, con sus portentosos inventos, con sus magníficos adelantos mecánicos para ocupar un puesto glorioso en la serie de los si-

glos, y saciar la sed infinita de goce de ese pedazo de materia que se llama el hombre. Convengamos, por último, en que lo que ella pide es que se procure sostener á toda costa el orden material, á fin de poder entregarse sin temores á las delicias que le ofrece este paraíso, que le sale al paso brindándole con frutos regalados y con la bienaventuranza é inmortalidad sobre la tierra.

¿Á que hablarla de necesidades del espíritu, de sacrificio, de heroísmo, de abnegación, ó de arrepentimiento?

Necesidades del espíritu, cuando ella no tiene mas necesidades que las de los sentidos, y ha prescindido por completo del alma que la molestaba con la voz implacable del remordimiento!

Sacrificio, deber, abnegación, heroísmo, cuando ella lo que quiere es que no se la recuerde siquiera esas palabras que vienen á perturbarla en la tranquila posesión de sus placeres, y en medio de la encantadora molición de una corrupción culta, delicada, esquisita, y llena de aticismo y de buen tono!

¡Caridad! cuando ella tiene organizada por barrios, y por distritos la estadística de la miseria; cuando ha creado la tasa de pobres y asociaciones filantrópicas para todas las desgracias que es posible preveer; cuando prodiga generosamente su dinero para que el fantasma pavoroso de la indigencia no toque amenazador á las puertas de los Lúculos modernos, ni las turbas desheredadas clamen contra los primogénitos de la fortuna con la voz espantosa de las revoluciones sociales!

¡Arrepentimiento! cuando mas allá de esta vida no hay sino sombras para la razón libre, y detrás de la muerte el abismo insondable de la nada para el culpable y el inocente!

No hablemos, pues, de esto á la sociedad moderna, si no queremos excitar las irritables fibras de su exquisita sensibilidad.

No hablemos del pauperismo que la amenaza, del materialismo que la envilece, de la incredulidad que la postra y debilita, del cáncer moral que la corroe, si no queremos que sus admiradores se levanten airados gritándonos con voz amenazadora: «has blasfemado.»

Cubramos, sí, con el manto espléndido de su grandeza material ese cuerpo que exhala ya miasmas pestilentes, como cubre la cortesana con riquísimos chales de Persia su desnudo é impúdico seno, bajo el cual late un corazón corrompido.

Unámonos en coro con los panegiristas del siglo para levantar hasta las nubes esta gran-

de y portentosa civilizacion, pero..... no lo olvidemos, á condicion de convenir en que ella podrá ser impropia de hombres que se crean hijos de Dios, y pongan su esperanza en el cielo, pero sí es muy digna de hombres que se consideren descendientes del Gorila y coloquen su paraíso en la tierra.

Francisco D. Carmona.

Á LA FÉ.

Alzóse el hombre en alas de su hechura
 Á fabricar un Dios; hizo el acaso;
 Y el huracan de su soberbia, el paso,
 Le abrió á la nada, y á su inmensa anchura.
 Solo y sin rumbo en la region oscura
 Do no hay playas de sur, norte ni ocaso,
 De ciencia henchido y de virtud escaso,
 Huelga á merced de indómita locura.
 Negro horizonte y hórrido desierto
 Brotan del cráter de su ser vacío
 Al rudo golpe de la duda abierto.
 Y es que olvida en su pobre desvarío,
 Que sin *la Fé*, no hay brújula ni puerto
 De las pasiones en el mar bravío.

Manuel Asuncion Berzosa.

CALVARIO Y REDENCION.

CARTAS DE DOS HERMANOS.

Elia á Maria.

Hace algunos dias que no sé de tí, y esto me tiene inquieta, Maria.

Estás enferma? estás triste? es demasiado el peso de tus ocupaciones para poder consagrarme algunos momentos?

Todas estas preguntas que te hago, me las hago al par á mí misma, y las hago á nuestra madre cien veces todos los dias.

Oh! si supieras con qué anhelo espero tus cartas! Solo el hablar de tí, y el recordarte á cada paso es lo que me puede consolar de este inmotivado silencio.

¡El hablar de tí! ¡ay! siempre lo estoy haciendo. Gustavo sabe ya el color de tus cabellos y de tus ojos: comprende la dulcísima expresion de tu mirada, y sobre todo la bondad de tu alma, la dulzura de tu carácter; todo eso que hace de tí una criatura tan admirable y tan amada de todos cuantos te ven una vez siquiera. Y todo esto lo sabe por mí, por mí que se lo digo á todas horas en nuestras largas conversaciones.

Porque ya esta mejor, mucho mejor, aunque no ha salido de casa, limitándose tan solosus paseos á llegar á lo mas retirado de nuestro jardin, ó al final de la calle de árboles que precede á nuestra casa.

Para esto necesita apoyarse en el brazo del anciano Rafael, ó á veces en el mio.

Rafael es su criado: un antiguo criado de su casa, que le ha visto nacer, y que le ama como un padre; ya te dije en mi última, que le estábamos aguardando, porque Gustavo habia hecho que le escribiesen llamándole á su lado.

El fiel anciano se puso en marcha sin detenerse un solo instante y llegó aquí antes de lo que yo esperaba.

Desde el momento en que le ví se ganó todas mis simpatías.

Oh! si supieras qué pesar tan sincero mostró al ver el estado de su señor! si hubieras podido ver las lágrimas que rodaron por su sencillo y venerable rostro cuando yo le referí el estado en que le habíamos hallado; sin duda le querrias como yo, porque aquel aspecto y aquel llanto eran los de un corazon fiel, los de un servidor adicto y leal.

Comprendí de una sola ojeada cuánto afecto profesaba á su jóven señor, y le cedí gustosa mi puesto de enfermera, segura que ni cariño ni desvelo faltarian á Gustavo.

Y así es en efecto.

No le deja un solo instante: se plega con una bondad y una paciencia indecible á los caprichos del pobre convaleciente, adivina sus gustos, previene sus deseos, se afana por él, y sobre todo, se opone con todas sus fuerzas á que su amo vuelva á Madrid; ya ves si es digno de simpatía y de cariño!

El sabe, sin duda, todo el pasado de Gustavo, porque algunas veces suele decir:

—Mi señor no debe marcharse en largo tiempo: aquí el aire es puro y no tardará en recobrar la salud del cuerpo y ¿quién sabe? acaso pudiera hallar tambien la completa curacion de su espíritu.

Por una causa que no me sé explicar, me manifiesta un afecto sin límites, y aun me trata con esa cariñosa indulgencia con que se trata á los niños.

El primer dia que Gustavo pudo salir de su habitacion, fué una verdadera fiesta en esta casa.

Rafael y yo nos unimos para celebrar esta vuelta á la vida, de aquel á quien el pobre anciano mira como á un hijo adorado, y yo como á un hermano del alma.

Nuestra madre tomó tambien parte en esta

alegría, y cedió gustosa á todos nuestros deseos.

¡Oh! ya sabes que nuestra madre es muy bondadosa, y que cuando se trata de un joven huérfano, piensa en nosotros, y en su labio hay siempre una palabra dulce y en su corazón un tierno sentimiento para él.

Así aconteció ahora.

En nombre suyo, pues, habíamos invitado al doctor y á nuestro buen párroco, para que nos acompañasen ambos á la modesta comida de familia, en que por vez primera íbamos á ver á Gustavo sentado á la mesa entre nosotras.

Yo habia cortado casi todas las flores de nuestro jardín para adornar el comedor: un alegre fuego le prestaba un calor suave y agradable, y los hermosos rayos de un sol de Mayo aprovechaban todos los huecos de las entreabiertas ventanas para invadir la habitación, ansiando, sin duda, iluminar nuestro gozo.

¡Oh! ahora voy a decirte á tí sola una cosa que no he dicho á nadie: ¡ni á nuestra madre!

Cuando Gustavo estaba tan enfermo, encomendé su vida á la Virgen de la Pureza, cuya santa imagen está siempre colocada á la cabecera de nuestro lecho para velar mi sueño.

Ella habia visto mi pesar, ella habia presenciado mis horas de insomnio durante las noches en que el peligro fué mayor, y sin duda á su bondad debia la salvación del enfermo. ¿Por qué, pues, ella no habia de presidir también mi alegría, y contemplar el regocijo con que íbamos á celebrar aquella milagrosa salvación?

Traje, pues, el cuadro y le coloqué frente al sitio que habia de ocupar Gustavo.

Para todos estaba allí como un adorno mas: para mí, como la imagen de una madre que va á santificar la ventura de su hija.

Cuando todo estuvo dispuesto, cuando nuestros dos convidados llegaron, Rafael fué por su señor y le condujo hasta el comedor donde todos le esperábamos.

¡Oh! al verle aparecer á la entrada no sé lo que sentí.

En su aspecto nada quedaba de la pasada enfermedad, si no un poco de palidez en las mejillas, y una gran expresión de tristeza en la mirada; pero esto contribuía á aumentar el interés que á todos nos inspiraba.

Al encontrar allí á nuestros dos amigos, al ver el aspecto de la habitación, con sus flores, su luz y su alegría, se detuvo un instante sorprendido, sin saber si avanzar ó retroceder.

Nuestra madre, que conoció su indecisión, sonrió bondadosamente, y alargándole la mano le dijo con dulce voz:

—Venga V., hijo mío; todos esperamos con impaciencia el instante en que juntos pudiéramos dar gracias á Dios por haber conservado su existencia: ese instante ha llegado, y yo bendigo al cielo por ver lleno de vida en mi casa al que entró moribundo en ella.

Gustavo quiso responder, pero no pudo: tal era la emoción que le dominaba. Limitóse, pues, á estrechar aquella mano que se le ofrecía y á tratar de llevarla á sus labios.

Después se volvió á mí, que turbada y un poco confusa, estaba cerca de Rafael, y fijando en mi rostro sus grandes y expresivos ojos,

—Gracias, murmuró, gracias!

Nos sentamos á la mesa.

Yo estaba colocada entre él y nuestro buen párroco.

Durante la comida le ví muchas veces absorto, mirándome con una fijeza que me hacia estremecer, y olvidándose por ello de llevar los manjares á sus labios.

El anciano Rafael tampoco separaba la vista de mí, y sonreía de vez en cuando, con expresión satisfecha, cuando Gustavo me prodigaba alguna atención.

El doctor y el sacerdote hablaban de mil cosas distintas, hasta que al fin la conversación vino á recaer en la enfermedad de Gustavo.

—Gracias á la Providencia, dijo el ministro de Dios; este joven vino á caer precisamente á los pies de Élia y de su madre, á tiempo que aun podia recibir algunos auxilios; si nó, á estas horas, no se hallaria entre nosotros.

—Bendita sea la bondad del cielo, exclamó nuestra madre; bendita sea la bondad del cielo que lo dispuso de ese modo.

—Y benditos sean también los ángeles, que iluminan con su mirada el borde mismo de la tumba, murmuró Gustavo muy bajo, en términos que yo sola pude oírle.

Sus palabras produjeron en mí un efecto tan grande, tembló mi mano de tal modo al escucharle, que dejé caer una flor que habia desprendido de mi peinado, y cuyo perfume aspiraba en aquel instante.

Gustavo la vió y se inclinó para cojerla; pero lejos de dármele, la guardó, sin que yo me atreviera á reclamarla.

Concluida la comida le preguntó al médico si podria dar un paseo por el jardín, á lo cual accedió éste, pues el día estaba sereno y hermoso.

Todos nos levantamos.

Gustavo fué á ofrecer el brazo á nuestra madre; pero el doctor se interpuso, diciendo con alegre acento:

—V. necesita un apoyo mas fuerte, y esta se-

hora no puede ofrecérselo; déjela, V., pues, que acepte mi brazo, y tome V. el de Élia, que le servirá de mas.

En efecto, nuestra madre se acercó al doctor, Gustavo á mí, y nuestro digno párroco emprendió una conversacion animada con Rafael.

Así nos encaminamos al jardin.

Allí le hablé, como siempre, de tí y de Fabian: le señalé la ventana de tu cuarto medio oculta entre una cortina de rosas blancas, y le llevé al sitio en que nuestro hermano acostumbraba á retirarse con sus libros predilectos.

Él estaba un poco fatigado, y los dos nos sentamos allí.

—¡Qué feliz es V., me dijo, viviendo en esta dulce atmósfera de paz, con su inocencia y con sus puros recuerdos.

—¡Oh! cuando estábamos juntos mis dos hermanos y yo, cuando Fabian con sus alegres conversaciones y María con sus tiernos cuidados embellecian esta morada, si era muy dichosa y nada tenia que pedirle á Dios. Ahora....

—Le ruega V. siempre por ellos, ¿es verdad?

—¡Oh! sí, siempre.

—Y.... ¿nada mas?

—¿Qué mas puedo anhelar que tenerlos á mi lado?

Gustavo calló, y despues de algunos momentos de pausa, me dijo con triste voz:

—Élia, yo quisiera hacer á V. una súplica.

—Hable V.

—Cuando pida V. al cielo por sus hermanos, una V. tambien mi nombre con el suyo.

—Lo hago todos los dias, exclamé sin pensar siquiera en lo que decia: lo hago todos los dias, y aun ahora, cuando decian que podia V. morir, me olvidaba enteramente de ellos para rogarle tan solo que conservase su vida!

Estas frases debieron conmovérle, porque me miró de un modo extraño, y murmuró:

—¡Élia!

—Bien puede V. creerlo, añadí, juzgando que aquella exclamacion significaba una duda; bien puede V. creerlo, porque yo no sé mentir.

Gustavo se levantó, cogió un ramo de jazmines, que dos ó tres veces habia rozado mi frente, movido por el soplo del viento, y ofreciéndomelo, exclamó:

—¿Quiere V. darme estas flores como recuerdo de este momento?

—¡Dárselas! exclamé sorprendida; ¿pues no están en su poder?

—Tendrán para mí mas valor si V. las toca primero, y si las recibo como un don de su mano.

Tomé, pues, los jazmines, y murmuré presentándoselo:

—Sean, pues, esas blancas flores para V. una memoria mia, tan pura como su perfume y tan duradera como su pureza.

Gustavo le tomó, y sacando entonces la que habia recogido antes del suelo,

—Ahora, dijo, le devuelvo á V. esa, tomada sin su voluntad hace un momento, y que sea un emblema....

No pudo acabar, porque en aquel instante se acercaban nuestra madre y el doctor, exclamando al vernos este último:

—Vamos, ya es hora de que vuelva V. á su cuarto: el aire vá siendo fresco y está V. descolorido.

Y tomando su pulso añadió:

—Pues, ¡no lo dije! el pulso está un poco alterado. Vamos, vamos, y no abusemos de esta primera prueba.

Gustavo sonrió diciendo al par:

—¡Oh! no tema V. por mi salud: me siento bien.... muy bien.

Sin embargo, fué preciso obedecer al doctor y abandonar nuestro paseo.

Por la noche pasamos juntos la velada, y cuando dieron las diez nos separamos hasta otro dia.

Entonces he venido á mi cuarto y me he puesto á escribirte.

¿No es verdad, María, que debemos dar gracias á Dios y bendecirle por todo esto?

Yo creo que sí, y pienso que esta dulce emocion que inunda mi alma, es producida por la idea de haber contribuido á salvar á Gustavo, y de haberle hecho algun bien. Las buenas acciones siempre dejan en nuestros corazon algo de santo y puro, aunque yo creia, te lo confieso, que este goce debia ser mas tranquilo.

Ya lo sabes todo: adios, pues, hermana mia, y no te olvides que necesito tus cartas para ser enteramente dichosa.—Élia.

(Continuará).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

LA CARIDAD.

Cuando la noche tiende su tenebroso velo, y empaña los fulgores que el sol dejó al marchar, pensad en los que solos, entre miseria y duelo, caminan por el mundo, sin techo y sin hogar.

Cuando la aurora pinta con su radiante lumbre montañas y llanuras en celestial fulgor, pensad en los que, tristes, contemplan su vislumbre,

sin esperanza el alma y el pecho sin amor.

Cuando, al festin sentados, entre feliz contento
dejeis en el olvido, del pecho el hondo afan,
oid á vuestra espalda, el angustioso acento,
del infeliz que pide para sus hijos pan.

Pensad en los que gimen entre dolor profundo;
con vuestra ayuda el grito calmad de su dolor,
y cariñosos lazos os tenderá este mundo,
y os guardará un asiento la gloria del Señor.

Vosotros sois mendigos que, en este pobre suelo,
encamináis los pasos á una inmortal ciudad:
¡vosotros sois mendigos que llamareis al cielo,
un rayo suplicando tambien de caridad!

Ernesto García Ladevese.

LA VÍRGEN DE LAS RUINAS.

(Continuacion).

La desconocida hizo una breve pausa como
para tomar aliento, y despues continuó con la
misma entusiasta entonacion.

—Mis padres supieron mis deseos y se rego-
cijaron de ellos, prometiéndome allanar cuan-
tas dificultades se ofreciesen para ceñir á mis
cienes la corona de las esposas de Jesus. Mas
¡ay! la muerte, esa triste mensajera de las tum-
bas, tocó con su mano una despues de otra la
frente de los autores de mis dias, y á su frio
contacto cayeron ambos trocados en nada, como
cae la espiga tocada por la brillante hoz del se-
gador.

Una lágrima lenta y dolorosa rodó, ante este
recuerdo por la mejilla de la vírgen de las rui-
nas, brillando como un diamante á los pálidos
reflejos de la plateada luna.

Sin cuidarse de enjugarla, continuó triste-
mente dirigiéndose á Valerio que escuchaba
aquel relato mudo y desconcertado.

—Lloré por largos dias mi horfandad, lloré mi
desgracia y anhelé mas que nunca la quietud
apacible del cláustro, pues miraba el mundo co-
mo un triste y desolado sepulcro. Dios tuvo pie-
dad de mí, y un año despues de la muerte de
mis padres, tomaba el velo de las esposas de Je-
sus, y hallaba entre mis nuevas hermanas una
familia dulce y cariñosa, en compensacion de la
que antes habia perdido. El cielo oyó mis vo-
tos y yo vi colmadas mis esperanzas: fui re-
ligiosa.

—¡Religiosa! murmuró Valerio con indefinible
espresion; ¡religiosa!

—Sí, y ojalá que en aquel santo asilo me hu-

biera sido dado acabar mis dias; pero la volun-
tad del Eterno lo dispuso de otro modo.

—¿Y qué acontecimientos pudieron arranca-
ros del cláustro y traeros á esta soledad?

—Vais á saberlo, puesto que os interesais en
ello.

—Sí, sí; con toda mi alma, aunque debo con-
fesarlo, sentimientos muy distintos á los que
ahora experimento agitaban mi pecho antes de
oiros, señora.

Teotisbe nada contestó; sin duda en su ino-
cencia y en su completa ignorancia de las pa-
siones de la vida, no comprendió las palabras de
Valerio.

—Proseguid, proseguid, dijo este con interés.

—Una de mis hermanas, la única que habia
sobrevivido á mis amados padres, iba á enlazar
su suerte á la de un hombre que la habia esco-
gido para compañera de su vida y para partir
con él su hogar. Ella me amaba, quiso tenerme
á su lado en el instante de pronunciar sus jura-
mentos, y yo accedí gustosa mediante una es-
pecial licencia. Salí del cláustro y llegué al la-
do de mi hermana á quien en tantos años no ha-
bia estrechado entre mis brazos. Asistí gozosa á
su enlace, aunque suspirando por volver á mi
dulce asilo, y compartí con ella los placeres y
las alegrías con que le brindaba la suerte. Al-
gunos dias pasaron y ya se fijaba el de mi par-
tida, cuando una noche, ¡noche de horror y lá-
grimas! una banda de piratas moros llegó á la
tranquila aldea que habitábamos, y entrando en
ella á sangre y fuego, penetró hasta nuestra
morada, y despues de entregarla á un terrible
saqueo, en el que nada fué respetado, asesinó á
mi pobre hermana porque defendía y queria sal-
var á su amado esposo; ambos cayeron á mis
piés bañados en sangre, y yo esperaba la misma
suerte, cuando uno de aquellos tigres reparan-
do en mí.—No la toqueis, gritó, es muy her-
mosa y vendida en el mercado público puede
proporcionarnos una buena suma.—Aquella idea
les pareció aceptable sin duda, pues lejos de ser
entregada á la muerte, fui destinada á formar
parte del botín.

—¡Desgraciada! murmuró Valerio con exalta-
cion; desgraciada; y ¿qué hicisteis entonces?

—El pesar y el horror habian agotado mis
fuerzas, y quedé por muchas horas sin sentido
y sin conocimiento de mi suerte.

—¿Luego ignorábais....?

—¡Todo! Pobre niña que no habia conocido
del mundo sino el amor de mi madre y el amor
á Dios; que desde el fondo de mi hogar habia
pasado al cláustro, ¿qué entendia yo de las des-
venturas de la vida? ¿cómo podía adivinar el

lenguaje de aquellos hombres á quien inspiraba sin duda el genio del mal?

—¡Es cierto! y sin embargo....

—Dios no quiso que conociera sus designios y me libró de ellos de una manera milagrosa; escuchad:

—¡Oh! sí: seguid hasta el fin, pues vuestro relato conmueve mi corazón.

—Cuando volví en mí sentí el movimiento de las olas del mar, y vi sobre mi frente la bóveda azul de los cielos tachonada de brillantes, y llena de esa majestad y esa hermosura que le imprime la mano del Omnipotente. Entonces mis ojos se llenaron de lágrimas, pues recordé que estaba cautiva y que caminaba sin saber á qué punto, pero á una patria donde no adoraban á Dios. Sin esperanza en este mundo, recurrí á la esperanza del cielo. Sin refugio en la tierra, invoqué con todo fervor á la que es refugio de los desgraciados, y mi plegaria ardiente y llena de fé se elevó hasta el trono de la pura y celestial Virgen Maria. Y ella la oyó, estoy cierta de ello, pues en medio de mi aflicción tuve esperanzas, y sumida en el cautiverio tuve sueños de libertad.

Teotiste elevó los ojos al cielo y una tierna y sentida oración brotó de su alma, pues sus manos estrechamente unidas se apoyaron sobre su pecho, y sus labios se movieron imperceptiblemente aunque sin dar paso á sonido alguno.

Valerio la miraba absorto; aquel joven disipado y calavera, sujeto ahora por el poder de la pureza y la virtud, sentía que las plegarias primeras que le había enseñado su madre al adormirle sobre su regazo acudían un tropel á su memoria, y que la voz de la hermosa solitaria penetraba en su alma como un celeste rocío, vivificando las flores de su creencia y de su fé.

Inmóvil y mudo aguardaba el fin de aquella historia que llegaba hasta él, entre el solemne silencio de la noche, y entre la augusta é imponente majestad de aquellas informes ruinas.

—Mis carceleros, después de algunos días de navegación, se detuvieron en esta isla, á la que dieron el nombre de Paros, continuó, mas tranquila ya la virgen solitaria: desembarcaron aquí no sé con qué objeto; y gracias á esta circunstancia yo conseguí mi libertad.

—Vuestra libertad!

—Sí.

—¿Mas cómo?

—Sin duda por un milagro del cielo. Confiados en mi impotencia y en la debilidad extrema que me dominaba, no se cuidaron de oprimir las ligaduras con que en un principio habían sujetado mis manos. Yo que no le temía á la muerte,

pero que temblaba estremecida ante la idea de la cautividad, y ante el pensamiento de estar á merced de aquellos hombres, me decidí á huir arrojándolo todo, y aun esperando la muerte si se malograba mi intento.

—¡Ah!

(Continuare).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

VARIETADES.

Con un sentimiento de sorpresa y de gratitud hemos leído en *Los santos Angeles*, precioso periódico que se publica en Barcelona, un suelto en que se ocupa de nuestra modesta revista. Con sorpresa por que no creemos haber merecido las frases que nos dedica, y con gratitud por esas mismas frases que nos llena de orgullo, aunque no nos juzgamos acreedores á ellas.

Reciba, pues, nuestro digno colega las mas expresivas gracias de nuestra parte, y crea que sus palabras nos servirán de noble estímulo para seguir la senda que hemos emprendido con muy grandes deseos aunque con muy escasas fuerzas.

PENSAMIENTOS

SACADOS DE LAS OBRAS DE CERVANTES.

Quien habla siembra, quien escucha coje.
La desesperacion nada remedia.
Los necios admiran lo que no comprenden.
Las llamas de la caridad enjagan las lágrimas del dolor.
La moral es la higiene del alma.
No creais en la constancia de la fortuna.
Todos los hombres procuran la paz del alma pero no la buscan donde se halla.
El avaro es capaz de todo lo malo.
Grande cosa es el saber callar.
La atencion es el buril de la memoria.
Hacer bien por el bien mismo es una gran virtud.
Alégrate con los que se alegran y llora con los que lloran.
Más fatigan los placeres que los negocios.
El amor es un tirano que á nadie perdona.
La necesidad desarrolla el talento.
El mejor consejo es la experiencia, pero siempre llega tarde.
El que se estima en mucho se conoce poco.
La inocencia es una preciosa salud del alma.
El lujo es como la hidropesía del cuerpo social.

GRANADA:

IMPRENTA DE D. FRANCISCO REYES,
calle Alta del Campillo.